

Año II

San José, C. R., 15 de marzo de 1934

Nº 16

# LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO.

**¿EN QUE CONSISTE LA SUPERIORIDAD?**

POR

**FRANK CRANE**

6021 - IMPRENTA NACIONAL - 1934

# LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO II

San José, C. R., 15 de marzo de 1934

Nº 16

## ¿En qué consiste la superioridad?

*Estas páginas de Crane se reproducen en recuerdo del señor don Arturo Urien, ex-Cónsul de la Argentina en Costa Rica. Alguna vez me dijo: Quisiera hacer de este opúsculo una edición de millones de ejemplares. La lección de Crane es maravillosa.*

*Si el señor Urien viviera, se sentiría satisfechísimo de este esfuerzo que se hace por divulgar las ideas que tanto entusiasmo le hicieron manifestarme.*

*Es decir, que los buenos deseos de este benefactor de la humanidad se proyectan en nuestro medio con la tenacidad que él pedía para las obras generosas.*

*La Dirección*

## ¿En qué consiste la superioridad?

Por FRANK CRANE

### La desigualdad de los hombres

El mundo siempre ha creído en la desigualdad de los hombres.

Y aquello que la humanidad ha creído durante miles de años, y continúa aún creyendo, generación tras generación, debe encerrar algo de verdad. Las mentiras puras no viven largo tiempo; hay que salarlas con verdad para que se conserven.

Siempre hemos tenido nuestras aristocracias.

Jesús mismo dijo: "Estrecha es la puerta y angosto el camino... y pocos serán los que lo encuentren".

¿En qué consiste, pues, la superioridad?

No consiste en la posición que usted ocupa, ni en el dinero que usted tiene, ni en los trajes que lleva, ni en ninguna cosa semejante. Esto es tan obvio que no admite discusión.

¿Quiénes son los verdaderos elegidos? ¿Quién es aquel que se distingue entre ciento?

El hombre Superior se distingue por estas marcas:

I.—Es espiritual. Hago uso de esta palabra con todo cuidado. No quiero decir que es santo o poético o que desdeña trabajar con las manos.

Lo que quiero decir es que sus placeres son sobre todo mentales.

El arte de vivir consiste en la cuerda selección de las satisfacciones. Si escogemos las carnales, éstas no duran, y acabamos por sentirnos fastidiados y miserables. Si escogemos las más elevadas, las encontramos más permanentes y cada vez más interesantes. Así, pues, la cuestión se reduce a si desea usted ser feliz por corto tiempo o por toda la vida. El hombre superior sabe ser dichoso durante toda su vida.

La mente y la conciencia son los últimos productos de la evolución. Si los placeres de usted yacen en la mente, puede usted decir con un filósofo moderno: "Tengo un grado de existencia por lo menos diez veces más grande que el de los otros; es decir, existo diez veces más".

¿Qué le gusta a usted más? ¿La cerveza, la carne, el sueño, la comodidad indolente, el baile, la caza? ¿Es la privación de estas cosas lo que más le irrita a usted? ¿Se enoja usted cuando no puede disfrutar de lujo, de trajes vistosos, de prominencia y de otras cosas semejantes? Pues bien, así es todo el mundo. No necesariamente malo, sino, simplemente, vulgar.

Pero ¿le gusta a usted la Monna Lisa, o la Balada de Chopin, o los escritos de Walter Pater, o una nueva idea, o un bello bosque, a tal grado que estaría dispuesto por ellos a perder una comida, o a dejar de ser presentado a un emperador? Si así es, regocíjese, pues va usted por la senda estrecha, y pocos son los que la encuentran. Usted puede tener muchos defectos, pero no es usted vulgar.

## Las personas Superiores

II.—Las personas Superiores gustan de la sencillez. El vulgo gusta de la ostentación. ¿Qué le produce a usted mayor goce: el ver una columna griega limpia y esbelta, o el dorado esculpido de un teatro de Nueva York o de un hotel de París?

¿Le gustan a usted los trajes, los sombreros, los zapatos, las joyas y los perfumes costosos? Éstos gustos pueden no ser malos, yo no digo que lo sean; pero, toda cortesana los tiene.

Un alma grande no podría absolutamente vivir en un palacio de mármol, y tener más cocineros, dispenseros, *chauffeurs* y doncellas que dedos de las manos y de los pies. Un número mayor la sofocaría.

Mientras más verdadera cultura adquiere una mujer, menos le gustan las plumas. Aborrece todo sombrero o vestido que llame la atención.

El lenguaje de la persona Superior es sencillo. También lo son sus hábitos, su alimentación, sus diversiones.

Si usted es dado a las corbatas llamativas, al uso de palabras raras y a las maneras afectadas, a comidas costosas y a lujos de todas clases, no está usted solo; todas las sirvientas y mozos de establo

en el mundo participan de sus gustos, aunque tal vez no de su habilidad para satisfacerlos, y usted es vulgar.

Sócrates, Budha y Jesús son, según opinión común de la humanidad, Superiores. No todos nosotros podemos alcanzar su grandeza de alma; pero podemos gustar de lo que ellos gustaron, de la sencillez de vida, de pensamiento y deseo. Y si no, perteneceremos al *ignobile vulgus*.

### Gusto de servir

III.—A las personas Superiores les gusta servir. El vulgo gusta de ser servido. La dama que debe llamar a la doncella para que cruce la habitación y le traiga su abrigo, el caballero cuya alma se ensancha cuando el sirviente le entrega su sombrero y su bastón, no son raros; sus gustos son los de las masas, son gustos ordinarios.

Aún al rústico más común le gusta que le laven los pies; el Hijo de Dios lavó los pies de sus discípulos.

Este instinto de servicio, esta alegría innata de hacer algo en beneficio de otros, es el corazón mismo de la cortesía, de lo que llamamos buena educación. Aparece de manifiesto en las pequeñas atenciones, tales como ceder el asiento a una señora en el tranvía, levantar y consolar al niño que ha tropezado, escuchar cortésmente al que nos habla, y en todo, el aire de deferencia y de respeto que distingue al caballero.



## Los placeres

IV.—La persona Superior está por encima de sus placeres. Tiene placeres, como los tiene todo el mundo. Gusta de comer, y distingue entre un bistec bien cocinado y otro que no lo está; gusta de beber, aprecia el sabor de la buena leche y del excelente café; gusta de jugar a la raqueta, de pasear en automóvil, y del teatro, y de la música, y del arte. Pero lo importante está en que por intenso que sea su placer en cualquiera de estas diversiones, ninguna de ellas es más grande que él mismo.

El hace uso de ellas, no se deja conducir por ellas de la nariz. Si el amor al dinero, la pasión del amor, el incentivo del juego o el placer de cualquier clase de diversión lo arrebatan a Ud. y lo dominan, en vez de ser usted quien dirige, pertenece usted a las masas, es usted vulgar.

¿Puede usted, mediante un fuerte deseo, sacrificar una querida ambición, negarse a sí mismo posición, fama, dinero, amor, aun la vida misma, en aras de un noble principio? Si puede usted hacer esto, es usted una persona Superior. Pertenece usted a la nobleza.

## La alegría

V.—Las personas Superiores no son nunca pesimistas: si usted cree que es usted un fracasado, que el mundo va derecho a su perdición, que todos los hombres son embusteros, y que no hay mujeres buenas, todo esto es enteramente humano, esa es la tendencia, la inclinación general de la mente vulgar y ordinaria.

El pesimismo es la filosofía del vulgo. Equivale a vestir con bellas frases la cobardía del espíritu.

Maeterlink dice que para el héroe no hay tragedia. No importa cómo el mundo y los sucesos conspiran contra él; él surge por encima de ellos. Los amigos pueden traicionar, las autoridades tiranizar, y los malos triunfar, pero nada de esto puede afectarlo.

Consideremos, por ejemplo, la muerte de Sócrates. Si leemos la historia de cómo fué envenenado, de su conversación con sus amigos en los últimos momentos, y nos penetramos del espíritu del antiguo héroe, nos sorprenderá ver cómo no nos inspira compasión; más bien lo envidiamos; y compadecemos a los malvados que le causaron la muerte.

Tampoco compadecemos a Jesús en el Calva-

rio. Su sacrificio nos causa admiración y asombro. Mientras más es objeto de la ferocidad, la ingratitude y la injusticia de los hombres, más intensamente brilla la flama de su espíritu imperial. No lo miramos con compasión, lo admiramos y lo adoramos.

Tampoco compadecemos a nuestros infantes de marina que murieron en el Bosque de Belleau. En lo íntimo de nuestros corazones deseamos haber estado allí; o haber sido lo suficientemente grandes para desearlo.

¿Se desespera usted y se queja en sus vicisitudes? ¿Se compadece de sí mismo y desea que nunca hubiera nacido? Tales sentimientos son tan comunes como el polvo en el camino, las cizañas en los matorrales y las latas vacías en los basureros. Si usted los abriga, es usted vulgar, y debe empezar un curso de disciplina.

Pero, si cuando todo se combina para anonadarlo y humillarlo, cuando el fracaso lo mira de reojo, y la traición lo denigra, sonrío usted y dice:

“Ante las crueles garras de la suerte jamás he retrocedido ni llorado; tras los golpes del destino mi faz está sangrienta, pero erguida”.

Entonces, regocíjese, amigo mío, usted pertenece a los elegidos. Usted ocupa un asiento en la verdadera Casa de los Lores de la humanidad.

## La limpieza

VI.—La persona Superior es limpia. Puede estar sucia, pero no le gusta el desaseo. Puede verse obligada a ensuciar sus manos en la mina y a manchar sus trajes en la máquina, pero aprovecha la primera oportunidad para limpiarse.

Ama la limpieza del espíritu tanto como la del cuerpo; la mugre no se le pega. No recuerda las calumnias. Evita la mentira, el engaño y la blasfemia.

Limpia su espíritu de la mezquindad, del orgullo, de la doblez y de la crueldad, lo mismo que se lava las manos después de manejar la basura.

Sus pensamientos son puros y optimistas. Sus pasiones mesuradas y honestas. Sus palabras edifican y su compañía refresca como las aguas de tranquila fuente.

No solamente es limpio, sino que hace que uno se sienta limpio en su compañía.

### La ostentación

VII.—El verdadero aristócrata no gusta de la ostentación. No desea que nadie lo crea más inteligente, mejor o más capaz de lo que realmente es.

¿Le gusta a usted hacer buena impresión, ser adulado, tener gente que le diga que es usted más ingenioso y hábil de lo que en realidad es? Si así es, hay muchas personas de su mismo gusto, pues ése es el gusto de la multitud que camina por la senda amplia. Yo no digo que usted sea malo, pero es usted vulgar.

El hombre Superior no desea tal cosa. Le apena el ser elogiado en demasía. La adulación no lo complace, lo humilla.

El oculta instintivamente sus virtudes, lo mismo que su desnudez. Si se le descubre en oración, se sonroja. La elección a un alto puesto, la recibe serenamente. La adquisición de riquezas viene siempre acompañada para él de la sensación de responsabilidad. Si alcanza fama como artista, como soldado, como ingeniero, como escritor, le es difícil creer que no se deba en gran parte a la suerte. Rehuye el elogio, y resiste la crítica.

## La benevolencia

VIII.—El hombre Superior es benévolo: la benevolencia no es el atributo de la debilidad, sino de la fuerza. Es el nene quien grita; es la conciencia de la debilidad la que amenaza; es el hombre de vocabulario defectuoso el que blasfema. Siempre, y en todas partes, la rudeza, la brutalidad, el tono dominante, el abuso y la violencia son la máscara de cierta impotencia.

Todo ruido es desperdicio. El sol silencioso es más fuerte que el torbellino. Los ruidosos telares son tan débiles que la devanadera puede pararse con el dedo; pero en el sótano de la fábrica, la enorme máquina, que mueve su brazo quedadamente como un gato, aplastaría como cáscara de huevo a quien se atreviera a estorbarla.

Es muy significativo el siguiente pasaje de la Biblia en que Dios Omnipotente se revela a Elías en la cueva de la montaña. Dice así:

“Y he aquí que un grande y fuerte viento desgarró las montañas e hizo pedazos las rocas ante el Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Y después del viento, el terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Y después del terremoto un

incendio; pero el Señor no estaba en el incendio. Y después del incendio, *una débil voz*".

La verdadera dama habla en voz baja. El verdadero caballero nunca fanfarronea.

El rasgo característico más saliente, tal vez, de los Superiores, es su sosiego, su ecuanimidad. Tienen todos cierto aire de estrellas.

## La humildad

IX.—Los Superiores son humildes: mucho puede decirse en elogio del orgullo. No niego que tiene sus usos. Pero sí diré aquí una cosa acerca de él: es vulgar. El noventa y nueve por ciento lo tienen.

El Kaiser balandrón lo tenía, lo mismo que la mayoría de los potentados. El idiota del hospicio lo tiene. El ignorante y el patán lo tienen. Todo hombre que se embriaga lo tiene en grado enorme.

Entre menos motivos haya para enorgullécese, más orgullo se tiene. Generalmente, no son aquellos que realizan grandes obras los que se llenan de orgullo, sino los seres mezquinos que, por accidente, reciben alguna de las recompensas.

En un pequeño cementerio de Eccefechan yace la tumba de Thomas Carlyle, un gran hombre de letras, y sobre la lápida está escrita esta sola palabra: "Humilitate". Bajo esta noble protesta de humildad yacen los restos mortales de una de las más grandes almas de la tierra.

La humildad es dócil y aprende de todo el que pasa. El orgullo no aprende nada; su propia imagen se lo impide. El orgullo es un mendigo que pide su limosna de elogio a la puerta de todo hombre. La



humildad es de estirpe real, camina libre de temor y de favores.

Así, pues, si tiene usted verdadera humildad de corazón, cuenta usted por lo menos, con algunos de los elementos de la Superioridad.

## La intimidad y el hombre Superior

X.—La compañía del hombre Superior nunca cansa sea cual fuere el grado de intimidad. Cuente usted sus amigos y conocidos. ¿Cuál es la proporción de los que pueden pasar con éxito por la prueba de la intimidad? ¿Con cuántos de ellos desearía usted hacer un viaje a Europa?

Usted se cansa de la mayor parte de la gente. A medida que aumenta su intimidad, la mezquindad de sus amigos aparece. Pero hay unos cuantos, posiblemente pueden contarse con los dedos de la mano, de quienes su opinión es cada vez mejor, a medida que estrecha sus relaciones con ellos. Estos son los Superiores, o al menos, tienen uno de los rasgos característicos de la Superioridad.

Lo mismo sucede con las obras maestras. Un maestro difiere de los artistas comunes en que sus obras son cada vez más apreciadas. Puede oírse la Novena Sinfonía de Bethoven mil veces, y en la milésima vez gusta más que en las anteriores. Pero de las piezas de música vulgar, como "Good Morning Mr. Zip Zip Zip", se cansa uno a la media docena de veces. La pintura llamativa de un programa de teatro se ve una o dos veces, y basta, mientras que a

diario pueden encontrarse nuevas bellezas en las pinturas de Abbey en la biblioteca de Boston. El Partenón o la Catedral de Colonia adquieren más fascinación con el trascurso de los siglos, mientras que la casa churrigueresca del rico advenedizo en la Quinta Avenida degenera rápidamente, hasta llegar a ofender la vista.

El elemento central de la Superioridad, sea en el hombre o en sus obras, es la calidad de duración.

¿Dura usted en agradable compañía? ¿Se le soporta?